



A mi entrañable amigo Arturo Moya, señor del poema, del dibujo y, por encima de todo, de la música hecha sueño

El oído es uno de los sentidos corporales que, en determinadas personas, produce un indescriptible placer de ir más allá de las gamas cromáticas de las composiciones musicales. Es ese vehículo espiritual donde sus ruedas producen en el alma, los surcos de sus señales, los sueños más profundamente sensibles y la estancia perdurable del recuerdo del momento y su instante. Su sensibilidad para grabar en el eco de nuestras voces silenciosas del sentido, aquel poema musical que nos transporta a otros estratos, es una parte importante y solemnemente preciosa del alma y sus aledaños; donde beben las aves de los ideales, en los estentóreos goces de saberse espíritus de algo más precioso que la propia condición deseada. Oír entre varales de ese seto precioso del contorno de la sinfonía, es deliciosamente sencillo, a la vez que prodigiosamente grande. La música es luz del sentir, el bálsamo lenitivo de penurias espirituales, la antorcha constante que ilumina el sendero de la conciencia de lo bello, de lo hermosamente único y sencillo. Es esa panacea que cura en breves momentos los dolores del alma y las angustias de lo intangible.

Nunca imaginé como podía orar un músico, un compositor de temas sencillos a la vez que grandes, en el blanco teclado de ese piano que marca cada uno de los síntomas y las cadencias del alma. Cada nota musical tiene su entrañable disposición, según acaricie su blancura la yema del dedo que se posa con todo su carácter y personalidad sobre la misma. Yo, melómano de natura, amante de todo lo que signifique composición etérea y solemne de aquel flujo sonoro que mana de los entresijos de los sentimientos, de cuantas notas dejen en el aire del amor su legado de belleza, nunca supuse como se podía componer y orar, rezar al mismo tiempo que se crea ese traje de espiritualidad con que se viste después el tema compuesto. Y me he maravillado cuando he podido comprobar como a través de esos compases, de esos arpeggios, de esa canción constante del compositor, el alma se va ensanchando, se cubren de oro y azul puro los sentidos y me siento transportado a otros lugares donde se vislumbra algo mucho más sutil que la propia emoción de sentirte etéreo. ¡Que bonito y hermoso es el rezo de un compositor musical!. Viben las cuerdas de la lira de nuestro sentimiento, y casi nos inclinamos por instinto ante la maravilla que

Nunca imaginé cómo podía orar un músico, un compositor de temas sencillos a la vez que grandes, en el blanco teclado de ese piano que marca los síntomas y cadencias del alma



Martín
Giménez
Vecina

La luz de la música

supone el dulzor del rezo hecho vibración armónica y conceptual de un sentimiento inenarrable. ¡Que bella y hermosa es la acepción lingüística de ese arte tan singular que lleva los sentidos más allá de lo trascendente!

Siempre fue muy difícil obtener o emitir una definición de la música en su más amplia, completa y plena concepción. Opinaba Aristóteles que, aunque la noción de "Música" era comprendida por todo el mundo, resultaba extremadamente inconcreto buscar para la misma una manera de sentar su significado; aunque podríamos definirla como "el arte que se ocupa de sonorizar bella y armónicamente el espiritualismo que mana de los sentidos y de distribuirlo preciosamente en el tiempo justo, adecuado y concreto". No podemos ignorar que la unidad mínima musical es la nota, o sea, un sonido con un tono y una duración especificados, que cuando los combinamos o mezclamos, producen melodías y acordes; éstos a su vez,

podremos repetirlos varias veces, con sus consiguientes cambios, distintas precisiones y variaciones, alternándose con otros materiales de la misma condición, para obtener aquellas composiciones estratégicamente espirituales y llenas de un dulzor valiosamente estricto. Por lo tanto, los dos componentes fundamentales de la música, el sonoro y el temporal, tienen que presentarse siempre unidos, inseparablemente unidos, tanto para crear como para ejecutar, habida cuenta de como han

de influir en el estado anímico de quien esté escuchando, tercer componente fundamental.

Decía el famoso y universal compositor Héctor Berlioz que la música era el "arte de conmover por la combinación de los sonidos a los hombres inteligentes y dotados de una organización especial". Jean Jacques Rousseau, definía la misma como "arte de expresar determinados sentimientos de un modo o manera agradable al oído". Pero la verdad es que componer música es ese don de Dios que solo concede a determinadas y elegidas personas, a su vez dotadas de esa sensibilidad magnífica y especial que traspasa el alma de quien los oye; y llena de volutas de humo precioso que siempre se queda en el cielo azul, incólume y diáfano, de quien se traspasa y transporta a otras regiones espirituales que no podríamos nunca definir.

Orar y componer, interpretar, mientras las yemas de los dedos arrancan velos de clamores eternos de las blancas palomas de las teclas, llevar en cada verso sonoro y abstrayente el grito del alma, reír, llorar, cantar en el tono del instante, es esa preciosa predisposición que solo poseen los que tienen en su hrisa espiritual, amor infinito y bondad estridentemente eterna y universal. Los que saben orar cuando componen.